

LA BÚSQUEDA DE LOS  
SELLOS MÁGICOS

LA PROFECÍA DEL ELEGIDO

DAN OROPEZA







*La Búsqueda de los Sellos Mágicos, La Profecía del Elegido*

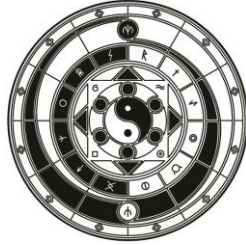
©2021, Dan Oropeza

D.R.: 03-2021-080912003400-01

Primera Edición: Diciembre 2021

Malix Editores

D.R. © No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).



## CAPÍTULO I

### *La Guardiana del Templo*

**N**o recuerdo bien cómo comenzó. Lo único que se me viene a la mente es que sentí el repentino e intenso olor a pinos. Tenía frío. Estaba oscuro. Tenía miedo.

Alguien corría exasperado.

El silencio se rompió por su agitada respiración, el sonido de sus largas ropas ondeando y el crujir de las hojas rompiéndose debajo de sus pisadas.

De repente, una brillante y compacta esfera de luz púrpura atravesó el aire con un zumbido destruyendo la base de un árbol; una poderosa explosión iluminó el bosque así como la figura de dos hombres encapuchados que cayeron a causa de la onda expansiva.

—¡Debemos llegar al Templo de la Luna; el tiempo se termina! —gritó uno de ellos, ayudando a su compañero a levantarse—. ¡De prisa!

Cuidando sus espaldas, continuaron corriendo hacia la oscuridad.

Alcanzada por la luz del fuego que consumía el árbol, una tercera persona encapuchada apareció; parte de una larga y abundante cabellera blanca salió por el cuello de sus ropas. En la penumbra que cubría su rostro brilló un símbolo con la

forma de una letra M atravesada por una línea de arriba abajo.

Los dos hombres llegaron pronto a una cueva que se abría en una formación rocosa dentro de las raíces de un grupo de altos pinos. En la entrada, alguien más los esperaba.

—¡Casi es medianoche! —los apresuraron.

Una vez que cruzaron el umbral, el tercero hizo tres rápidos movimientos con sus manos y una barrera de luz blanca apareció cubriendo la entrada.

En el interior de la circular y húmeda cueva, anchas columnas labradas decoraban las paredes de roca sólida; al fondo, una inmensa puerta hecha de piedra con un Yin Yang grabado en el centro se elevaba hasta el alto techo lleno de estalactitas.

Las pisadas de los recién llegados resonaron en la caverna, quienes se unieron a otros tres que ya estaban ahí.

Ahora eran seis.

—¿Lo encontraron?

—Viene justo detrás de nosotros.

—He conjurado una barrera de energía en la entrada. No durará.

—Terminemos con esto.

Afuera, la persona de cabello blanco finalmente alcanzó la entrada de la cueva. Se detuvo en el claro del bosque y contempló la barrera de energía frente a él.

—¿Qué sucede? —murmuró con voz profunda, sin desviar la mirada.

A su lado, se produjo un destello de luz verde. Un ser de baja estatura con rasgos de reptil apareció; vestía largas y raídas túnicas negras.

—Mi Señor —dijo la criatura con voz suave y sibilante, justo como lo harían las serpientes si pudieran hablar—, hay una barrera de energía bloqueando el acceso.

—Ya lo sé —respondió el hombre con desdén. Levantó su brazo derecho e hizo un suave movimiento circular con su muñeca; una descarga luminosa rodeó su antebrazo con rayos color púrpura, subió hasta su mano para crear una esfera de luz que flotó sobre su palma abierta. Lanzándola, atacó la barrera

de energía haciéndola temblar. Preparó entonces un segundo ataque.

Adentro, los seis rodearon un segundo y borroso Yin Yang pintado en el centro del suelo de la cueva. Uno de ellos levantó la vista y comenzó a recitar palabras en un incomprensible lenguaje.

Sobre la gran pintura, una criatura apareció en un resplandor blanco: era pequeña y alada, de color rosa con franjas más oscuras enmarcando su rostro; tenía ojos azules, grandes orejas y una larga cola con una brillante gema azul en la punta. La mitad de un Yin Yang resaltaba en su pecho.

—Ha llegado el momento —dijo el mismo hombre—: debemos hacerlo ahora.

—Él está afuera del templo —continuó con decisión el que estaba a su derecha—; tenemos que realizar el Hechizo Despojador.

—¡No! —exclamó la asustada criatura con voz aguda—. ¡Debe haber otra manera!

—No hay otra manera —musitó otro—; solo sacrificando nuestros poderes, seremos capaces de detenerlo hasta que el Elegido aparezca.

Se escuchó una fuerte explosión proveniente de la entrada de la cueva, y una nube de polvo entró al lugar.

—De ninguna manera se saldrá con la suya —murmuró furiosa la pequeña criatura, viendo al hombre que temían, entrando triunfalmente.

—Es hora de regresar —dijo el hombre con frialdad, fijándose en la puerta de piedra.

Tomó con ambas manos la capucha que cubría su cabeza y lentamente se la quitó. Sus ojos eran tan claros que parecían blancos; su piel, pálida y ligeramente púrpura, combinaba con su cabello. Dos colmillos se asomaron en sus labios al sonreír y la peculiar marca encendida en su mejilla se deformó.

Creando una esfera de luz con un ágil movimiento, atacó a los seis encapuchados.

Trazando un arco con el filo de su mano en el aire, uno de ellos repelió el ataque; sin embargo, la esfera chocó con el techo

rocoso y una gran cantidad de escombros cayó. Apenas los esquivaron. La criatura soltó un grito aterrada, escapando de la trayectoria de una filosa estalactita.

El elegante y frío personaje caminó hacia la puerta aprovechando el momento, pero, justo cuando tocó la superficie con sus delgados dedos de afiladas uñas amarillentas, un resplandor blanco cubrió la puerta, repeliéndolo con una descarga.

Siendo lanzado de espaldas, cayó al suelo.

—¿Qué... han hecho? —espetó furioso mientras se levantaba.

—Solo puedes pasar durante la luna llena —dijo uno de los seis con frialdad, ayudando a otro a ponerse de pie—. Esa es la regla.

Mirándose unos a otros, retomaron su formación alrededor de la pintura en el suelo.

—¿Qué hacen?

—No podemos dejar que salgas de aquí, Caradoc —sentenció uno de ellos en voz baja—. No después de todas las atrocidades que has cometido.

Los seis levantaron sus manos y comenzaron a recitar un nuevo verso.

—¡No! —gritó el hombre, lanzándoles una nueva esfera de luz.

Pero fue ahora la pequeña criatura la que, con un latigazo de su cola, repelió el ataque.

—¡Deténganse!

El hombre atacó una y otra vez, pero la criatura fue tan rápida como él. Y antes de que pudiera hacer algo más, una ráfaga de viento los rodeó a todos mientras los cánticos de los seis retumbaban en la cueva.

Seis pares de ojos brillaron de color blanco bajo sus capuchas. Una columna de luz se elevó desde el centro de la formación, chocando con el techo e inundando toda la habitación. Una explosión de luz sacudió la cueva y salió de ella, alcanzando como una onda expansiva cada rincón de aquel gigantesco bosque.



Con un sobresalto, abrí los ojos.

Mi corazón latía fuertemente.

Respiraba rápido; como si hubiera estado corriendo.

En mi inclinado techo lleno de gruesas vigas de madera, se proyectaban las sombras de las ramas de mi árbol causadas por la luz de las luminarias de la acera. Todavía estaba oscuro y el silencio me indicó que nadie más se había despertado aún.

Miré el reloj despertador junto a mi cama. Eran las cuatro de la mañana.

Ansioso por aquel extraño y vívido sueño, me incorporé.

Mi nueva habitación era enorme, y durante mi infancia estuve seguro de que estaba embrujada. Pero verla completamente vacía esa mañana me hizo sentir que había algo especial en ella; fue por eso que no lo pensé dos veces antes de poner la primera de mis cajas ahí, para darle mi vieja alcoba a mi hermano menor.

Como se trataba del ático de la casa el lugar era inmenso; con solo cubiertas inclinadas tenía la forma de una cruz:

De un lado puse la cama sobre una plataforma que en realidad era un espacio de doble altura de la habitación de mis padres en el nivel debajo del mío; en el lado opuesto, un inmenso ventanal que adornaba la fachada principal de la casa, alumbraba mi escritorio con la luz de la luna. A mi derecha, dos armarios enmarcaban una ventana circular que daba a la casa de los vecinos; del lado izquierdo, estaban las estrechas escaleras de madera que conducían a la puerta de la habitación en el nivel de abajo. En el centro, llenando un gran espacio, acomodé unos viejos muebles que el antiguo inquilino dejó atrás. Por supuesto, todo el lugar era adornado por una gran cantidad de cajas y bolsas sin desempacar.

Bajé mis pies de la cama y los puse sobre un cálido y suave tapete. En la penumbra, vi mi reflejo en un antiguo espejo de piso que pertenecía a mi madre; estaba a un lado de la cama. Mi ondulado y negro cabello alborotado me picaba los ojos y cubría mis orejas. Acomodándolo un par de veces con la mano, me puse de pie arrastrando los dobladillos de mis holgados pantalones de dormir; ajustando mi playera de algodón sin

mangas, bajé los cuatro escalones de madera que separaban mi cama del resto de la habitación.

Mi nariz comenzó a picar; instantáneamente la sobé con mi dedo índice. Aún podía sentir el fuerte olor a pinos. ¿Qué clase de sueño bizarro había sido ese?

Rodeé la sala y me acerqué al gran ventanal que daba a la calle frente a mi casa. Desde esa altura pude ver casi todo el vecindario. No había una sola alma afuera y todas las luces estaban apagadas. Sobre los tejados, la media luna me deslumbró por un momento.

—Al menos sí hay Luna —balbuceé con voz ronca, sin poderme quitar de la cabeza el sueño. Había percibido el olor del bosque, del humo de aquel árbol quemándose, y hasta de la humedad de la cueva. Pero lo que más me impresionó fue el inexplicable temor que sentí al ver el rostro de aquel hombre con el tatuaje y el cabello blanco.

Había sido una pesadilla. Una muy realista, pero una pesadilla a final de cuentas.

—No cenaré pizza congelada de nuevo —musité regresando a mi cama.

Había sido un largo día. Tres largos e interminables días, en realidad. Mudarme junto con mi madre y mi hermano desde otro país no había sido nada fácil.

Me detuve al llegar a la salita y miré a mi izquierda. Un nuevo resplandor que no había estado ahí, iluminaba ligeramente la ventana circular.

Frunciendo las cejas, caminé hasta ella y me asomé.

Mirando hacia abajo, entre las ramas del árbol, descubrí que la luz venía de la ventana del segundo piso de los vecinos; a través de las blancas cortinas de seda, pude ver la silueta de una joven de cabello largo peinándose.

Sin poder evitarlo, sonreí.



En el sur de la ciudad, Domum era conocido por ser el colegio más exclusivo de Little Road; allí asistían los hijos de ricos

empresarios, altos funcionarios de gobierno y alguna que otra celebridad. Si estudiabas en Domum, tu admisión en cualquier universidad de prestigio estaba casi asegurada. Al menos eso fue lo que leí en Internet cuando supe que iría allí.

Dentro de sus instalaciones, extensas áreas deportivas y amplios jardines vestían sus edificios de moderna arquitectura; otra de sus principales atracciones. Sus terrenos formaban parte de un inmenso bosque que aún lo rodeaba.

Esa nublada mañana de enero vi a mucha gente ir y venir en sus elegantes uniformes de chaqueta azul marino, camisa blanca, pantalón gris —falda para las chicas— y corbata negra. Riendo y conversando, haciendo planes para comer y revisando sus redes sociales en sus celulares, llegaban uno tras otro a bordo de lujosos automóviles conducidos por choferes.

Un día normal de clases para ellos.

Un día completa y absolutamente anormal para mí.

En uno de los niveles superiores del edificio principal de la preparatoria, desde una larga ventana en un desértico corredor, yo observaba a algunos alumnos rezagados bajar de sus limosinas aun después de haber sonado la campana; parecía no importarles la hora. Fue por eso que no pude dejar de notar a una chica que, a diferencia del resto, corría con un pesado cerro de libros en los brazos; sin poder ver su camino, intentaba no tropezar con los escalones de la entrada.

Por mi mente pasaba una sola y molesta idea: odiaba ser el tipo nuevo.

Gracias a mi madre, que fue transferida, lo dejamos todo atrás para “comenzar de nuevo”. Sus palabras. Aunque, a mi parecer, no era la frase correcta para decir.

Verás, yo nací en Little Road, muy al norte del continente; y pasé los primeros once años de mi vida allí hasta que nos mudamos a México. El resto es historia.

Ahora, habíamos vuelto. Mi madre había sido transferida... una – vez – más.

Me alegraba que sus aportaciones científicas fueran reconocidas en todo el mundo, pero... ¡vamos!

La chica, quien había tirado sus libros al tropezar justo con

el último escalón, ya había desaparecido detrás de las puertas metálicas del edificio contiguo.

—¿Señor Bennett?

Olvidándome de mis pensamientos volteé hacia una mujer pelirroja, quien vestía un elegante traje sastre color gris y llevaba gafas delante de sus ojos cafés. Debía estar en sus veintes.

—Mi nombre es Marianne —me dijo sonriente, estrechando mi mano—. Nos estaremos viendo muy seguido.

Sonriéndole de vuelta, asentí como saludo.

—Este será su horario. —Me extendió una hoja de papel—. Su número de casillero, identificación de estudiante, credencial para la biblioteca y algunos formularios para sus padres.

—Gracias.

—Debo decirle que... revisé su expediente, y encontré algunas cosas muy interesantes sobre usted, señor Bennett. —Sonrió de nuevo—. Creo que encajará muy bien aquí. Bienvenido a Domum.

—Gracias.

—Espero que no tenga problemas con el idioma.

—Ninguno.

—Aún falta una hora para su primera clase —comentó mirando su reloj de muñeca—, siéntase libre de explorar. Le asignamos un guía pero no ha llegado aún.

—¿Un guía? —repetí confundido.

—Domum puede ser un laberinto para el ojo inexperto; necesitará a alguien que le enseñe el camino. Oh, aquí viene. —Miró a mis espaldas—. Señor Taylor, llega tarde.

—Lo siento —dijo una voz grave—, había una estampida en la cafetería.

Mirando a mis espaldas vi caminar hacia nosotros a un chico rubio de ojos cafés con las manos en los bolsillos; llevaba la corbata desanudada, su camisa desfajada y un pañuelo negro atado en su cabeza que mantenía su cabello, un poco largo, en su lugar.

—¿Podría por favor arreglar su uniforme?

—Lo siento —dijo una vez más, comenzando a anudar su corbata, distraído. Era un poco más alto que yo; delgado y de

facciones finas y marcadas.

—Señor Bennett, él es Alexander Taylor. Será su compañero de clase.

Al escuchar su nombre no pude evitar fruncir mis cejas.

—Espera... —dije titubeante—. ¿Alex?

Por primera vez sus ojos se posaron en mí; me entretuvo que me examinara de pies a cabeza con la misma expresión que seguramente tenía yo.

—Espera... —dijo ahora él—, te conozco.

—Me sentiría ofendido si no fuera así —espeté.

—¿Ryan? —preguntó sonriendo.

—¿Se conocen? —preguntó la maestra.

—Podría decirse que... ¡hey! —respondí, a la vez que, de pronto, él me abrazaba con fuerza y me levantaba en el aire—. Solíamos ser buenos amigos. ¡Hey! ¡Tranquilo, amigo!

—Bien. —La maestra Marianne sonrió ante la última frase que dije en español—. Tan solo espero que su viejo *amigo* no lo hunda con él. Señor Taylor, lo estaré vigilando.

La maestra se despidió sonriendo y volvió a la oficina de la que había salido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Alex ignorando por completo el último comentario de la maestra—. Creí que te habías ido para nunca volver.

—Yo también —respondí, ajustando mi chaqueta—. La vida da muchas vueltas, supongo.

Apretando los labios, sonriendo con una nostalgia muy exagerada, me abrazó de nuevo.

—*Ya, cálmate* —le dije en español sin poder evitar reír.

—Has crecido —dijo golpeándome en el brazo.

—Y tú también. Aunque veo que no has cambiado mucho en lo demás.

—Nunca. —Me hizo una seña para que lo siguiera—. ¿Qué pasó?

—Mamá fue transferida de nuevo —respondí, jalando la correa de mi mochila que había resbalado—. Y mi vieja casa resultó estar disponible casi al mismo tiempo, entonces...

—Tu casa —dijo abriendo ampliamente los ojos—.

Tenemos que encontrarla. ¡Vamos!

—¿Encontrarla?

—¡A tu vecina! ¡Sam!

Deteniéndome, no pude evitar sonreír para mí mismo.

—Debe estar por aquí, en alguna parte. —Me hizo otra señal para que me diera prisa.

Cuando giramos en una esquina, entramos a un concurrido corredor lleno de aulas y casilleros en ambos lados.

—A esta hora ya es una completa dictadora.

—¿Ella también está aquí? —pregunté confundido.

—Por supuesto. Oh, justo a tiempo. No le digas que eres tú. Esto será épico.

Alex aceleró el paso y no pude evitar detenerme cuando lo vi acercarse a una joven que buscaba algo en su casillero. Su cabello era castaño claro, largo y ondulado; un par de mechas enmarcaba su fino y pálido rostro. Cuando Alex la llamó, lo miró con dos hermosos ojos color avellana. Era ella. Definitivamente.

—Así que... estoy mostrándole todo al chico nuevo — escuché a Alex decirle, recargándose en el casillero junto a ella, fingiendo estar aburrido.

—Me compadezco de él —le dijo la chica arqueando las cejas; su voz era suave y dulce—. ¿En dónde está? ¿Ya lo perdiste tan rápido? Regresarás a detención esta tarde.

—No lo haré —se quejó Alex haciendo una mueca—. De todas maneras, parece ser un come libros como tú. Bien portado y todo eso.

—Quieres decir, ¿normal?

Alex me guiñó el ojo en la distancia haciéndome una seña, así que caminé hacia ellos.

—Él es Evan.

La chica volteó hacia mí y me sonrió.

—Hola —saludé titubeante.

—Samantha Adams —dijo estrechando mi mano, mirándome a los ojos.

—Viene de México; habla español y todo eso —comentó Alex; hizo otra mueca y sacó su teléfono para comenzar a

revisar algo en él.

—México —repitió Samantha, arqueando sus finas cejas—. Pirámides, *mariachis*...

—Eso es un estereotipo, pero sí —respondí, sonriendo entretenido.

—¿Cómo llegaste aquí? Little Road ni siquiera aparece en el mapa.

—Transfirieron a mi madre —expliqué por segunda vez, notando que, discretamente, Alex comenzaba a grabar a la joven.

—¿Qué es ella? —preguntó la chica, retomando su búsqueda dentro de su casillero.

—Es... paleontóloga.

—Paleontóloga —repitió impresionada—. Debo decir que no sería la primera que conozco. El Museo de Historia Natural es lo único interesante que hay aquí.

A mi lado, Alex empezó a reír a carcajadas.

Sin poder evitarlo, sonreí ampliamente.

—¿Qué? —preguntó la chica mirando a Alex, quien estaba a punto de caer al suelo, riendo sin control—. ¡¿Qué?!

—Vamos —dijo, recuperando finalmente el aliento, sin dejar de grabar; colocándose detrás de mí, tomó mis hombros con su brazo libre—. Míralo bien, Sam. ¿No te recuerda a alguien? Mira sus bonitos ojos azules debajo de esas pobladas cejas... su marcada mandíbula...

Hice una mueca por su extraña descripción.

—No —balbuceó la chica.

—Sí —dijo Alex entusiasmado.

—¿Ryan?

—El mismo —dijo Alex riendo de nuevo—. Ryan Bennett ha vuelto.

Samantha comenzó a reír y, luciendo confundida, me examinó de pies a cabeza.

—No puedo creer que seas tú —dijo entusiasmada—. Es decir, claro que eres tú; todo tiene sentido. Tu segundo nombre es Evan, México, tu paleontóloga madre. No entiendo. ¿Qué estás haciendo aquí? Has cambiado mucho; no te reconocí.

—Eso fue lo que él dijo —murmuré, señalando a Alex.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer.

—¡No – puedo – creer – que no – me lo dijeras! —exclamó Samantha, golpeando a Alex con una de sus gruesas libretas una y otra vez.

—¡Acabo de descubrirlo! —se quejó este.

—¡No tenías por qué engañarme de esa manera!

—¿Y perderme tu cara? —dijo Alex levantando su teléfono, que seguía grabando—. Esto es oro. Tendrá cientos de reproducciones en poco tiempo.

—Deja de grabarme; dame eso. ¡Alex! ¡¡Alex!!

Samantha cerró de un portazo su casillero y corrió detrás de él; esquivando a todos en su camino, él no dejaba de grabarla.

—¡¡Alexander!!

—Señor Taylor, le dije que lo estaría vigilando —dijo una voz firme.

Sin mirar hacia dónde iba, Alex casi chocó con la maestra Marianne, quien le hizo una seña para que le entregara su teléfono.

—Detención. No llegue tarde. Se lo devolveré cuando haya terminado.

—Bien merecido —dijo Samantha dándole la espalda—. ¿Es tu horario?

Confundido, le extendí a la chica la hoja que aún llevaba en la mano.

—Tenemos las mismas clases, bien —dijo ignorando a Alex, quien regresaba a nosotros con mala cara—. Vamos. Él ya sabe por dónde es.



Fue... sumamente... extraño.

Como si el tiempo no hubiera pasado en absoluto. Como si me hubiera ido por cinco días y no por cinco años.

Samantha y Alex me explicaron de todo un poco. Me ayudaron a encontrar mi casillero durante un descanso, me



presentaron a algunos compañeros de clase y me mostraron lugares como el edificio de la cafetería y la biblioteca. El colegio era enorme; la maestra no había mentido.

Esa tarde mientras caminábamos por uno de los jardines antes de ir a casa, me di cuenta de que el tiempo había volado; todo lo contrario a lo que pensé esa misma mañana. Ni siquiera me importó cuando la maestra Marianne me dejó la cantidad de deberes equivalentes a un mes para tan solo una semana. Aparentemente, tenía mucho por hacer si quería alcanzar al resto de mis compañeros. Resultó que ella estaba encargada de nuestra clase; eso explicó su comentario acerca de que la vería muy seguido.

—Así que, Ryan —dijo Alex una vez que Samantha terminó de explicarme los horarios en que la cafetería estaba abierta—, luces menos... escuálido que antes. ¿Cuál es tu secreto?

—¿Escuálido? —repetí, haciendo una mueca.

—Samantha era más alta que tú a los once años.

—Lo era —dijo la chica orgullosa.

—No lo eras —me quejé, aun sabiendo que tenían razón.

—¿Eres uno de esos adictos al gimnasio?

—No —respondí avergonzado, cruzándome de brazos—.

Y... no me veo así.

Samantha sonrió.

—Solo soy más... activo que antes —dije vagamente.

—¿Estás siendo evasivo? —preguntó Alex perplejo—. ¿Aprendiste a ser evasivo allá? ¿Qué hicieron contigo?

—¿Qué hay de ti? —dije sonriendo, golpeando su hombro—. Los años te trataron bien. ¿Novia?

A mi lado, Samantha ahogó una risita.

Alex la miró con recelo.

—Entonces... ¿novio?

Samantha soltó una carcajada.

—Porque no me importaría —añadí rápidamente.

—Alexander no es lo suficientemente cool para eso —dijo Samantha cuando finalmente recuperó el aliento.

—Ryan, estabas diciendo algo de tu vieja casa antes de toparnos con esta molesta persona —me dijo Alex indignado.

—Espera, ¿somos vecinos de nuevo? —preguntó Samantha, mirándome repentinamente confundida—. ¿Por qué no me había dado cuenta?

—Llegó ayer, mujer. ¿No lo escuchaste?

Apretando los labios, arqueé las cejas, negando con la cabeza. A decir verdad, yo sí había estado pendiente de ella.

Desde el momento en el que el auto de mi madre entró en nuestra vieja calle la mañana anterior, no pude quitarle los ojos de encima a la casa de al lado. Ni siquiera había estado seguro de que Samantha todavía viviera allí, pero eso no me impidió asomarme a la ventana cada vez que podía, esperando verla.

—He estado muy ocupada últimamente. Ayer llegué tarde a casa después del colegio y hoy me levanté muy temprano. No me percaté de que había alguien más en la casa de al lado.

—Las cuatro de la mañana son una hora muy temprana como para notar algo diferente en tus vecinos —comenté.

Confundida, la chica me miró interrogante.

—Si es... que a ese tipo de hora te referías —balbuceé nervioso.

—Debo decir que me alegra ya no tener de vecino a ese extraño hombre canoso que vivía en tu casa. —La chica suspiró—. Escuchaba música a todo volumen y su perro era un monstruo; ladraba toda la noche, no me dejaba dormir y rompía las rosas de papá. El hombre ni siquiera era amable y casi nunca le contestaba un saludo a mi padre. Además, debo decir que no me agradaba mucho el hecho de que cada mañana saliera a tirar su basura en los contenedores de mi casa aun teniendo el suyo. Yo siempre tenía que vaciarlo para...

—Samantha, Samantha, Samantha —dijo Alex rápidamente—. Estás poniéndote toda ultrasónica de nuevo, ¿quieres parar ya? Jaqueca.

La chica golpeó a Alex por segunda vez en el día.

—Realmente me alegra tenerte de vuelta. Ahora podremos compartir la custodia de Alex.

Yo solo sonreí... y sonreí. Y sonreí.

Ahora; será mejor que lo confiese antes de que pretendamos ignorar el gran elefante rosa en la habitación: yo vivía inmerso

en la historia del chico enamorado de su vecina de al lado, pero... uno no puede elegir en esas cosas, ¿cierto?

Desde que éramos niños, cuando Samantha se mudó y le presenté a Alex, los tres nos hicimos inseparables. Es lo que más recordaba de vivir en Little Road. Verlos de nuevo era quizá lo único que me entusiasmaba de volver. Y lograrlo en el primer día, en el lugar menos esperado... ¿Cuáles eran las posibilidades?

Independientemente de la buena amistad que había entre Alex y yo, siempre sentí que tenía algo especial con Samantha. ¿Qué sabe un niño de once años del amor? Quizá nada. Tal vez se trataba de un inocente y platónico gusto. Pero el corazón sabe lo que la razón ignora. Y regresar cinco años después para encontrarme con que ella también había cambiado para verse... así, fue abrumador.

—¿Fósil? ¿Eres tú?

Me detuve de repente y no pude evitar apretar los labios.

Odiaba ese sobrenombre. Y solo había una persona en el mundo que lo usaba.

Volteé a mis espaldas y miré a un joven acercarse a nosotros: era de piel morena, alto y fornido; su cabello castaño, ojos cafés y expresión algo desorientada, me recordaron inmediatamente malos momentos de mi infancia. Él también había cambiado mucho.

—Hey, escuché que habías vuelto —dijo sonriente, estrechando mi mano con fuerza—. Es bueno verte, hombre. ¿Me recuerdas?

—Hola, Kyle —saludé, forzando una sonrisa.

Jamás olvidaría a la persona que me había puesto ese sobrenombre cuando mi madre visitó el jardín de niños para hablarle a la clase acerca de su trabajo.

—Hola, Kyle —dijo Alex sonriendo; aunque en un tono no muy entusiasta.

—¿Qué te trae por aquí? —me preguntó el recién llegado, ignorándolo.

—Mi... madre; a ella la trans...

—¡Hola, extraña! Creí que nos veríamos en el Despacho al

terminar las clases —dijo Kyle de repente, ignorando mi respuesta; abrazó a Samantha por detrás y besó su cuello.

—¡El Despacho! —La chica rio y se golpeó la frente con la mano—. Lo olvidé por completo. Lo siento, chicos. Se supone que debo quedarme también hoy hasta tarde; hay una reunión con los editores y no puedo faltar.

—¿Des...pacho? —repetí confundido. Un terrible hueco apareció en mi estómago y no necesariamente por no saber de qué estaba hablando.

—El periódico del colegio —respondió Samantha—. Trabajo ahí como escritora.

—Trabajamos —la corrigió Kyle.

—Sí, trabajamos —dijo la chica riendo.

—Eso es... genial —murmuré, fingiendo otra sonrisa.

—Supongo que los veré mañana —dijo Samantha mostrándose apenada; el tipo casi la jalaba por la cintura—. Bienvenido a casa, Ryan.

—Sí, bienvenido, Ryan —dijo Kyle riendo antes de darse la vuelta y alejarse de nosotros sin soltar a la chica.

—Adiós, Kyle —dijo Alex haciendo un ademán con la mano—. Gusto en verte a ti también. Mi abuela está bien; gracias por preguntar.

Suspirando, los observé marcharse.

—¿Cuándo pasó eso? —pregunté.

—El año pasado. Después del baile de bienvenida. Fueron juntos, y... desde entonces ha sido así.

—Veo que tú y él se llevan bien —dije retomando nuestro camino a paso lento.

—Por supuesto; somos los mejores amigos, ¿no lo viste? —espetó Alex—. Está en otra clase; así que, al menos dentro del salón, no está encima de ella.

—¿Por qué Kyle Edwards? —me pregunté con pesar.

—Asumo que no dejaste una novia en la Ciudad de México —comentó vacilante.

—Bueno... supongo que no puede ser tan malo. Es decir, la gente cambia; ¿cierto? Especialmente en cinco años.

—En cualquier parte del mundo, sí... en Little Road...

Sin poder evitarlo, suspiré de nuevo.

—Mi amigo, bienvenido a casa.

Alex y yo caminamos juntos algunas cuadras, hasta que tuvimos que separarnos porque nuestras casas estaban en direcciones contrarias. Después de despedirme de él, pasé de largo la parada del autobús y seguí caminando; en realidad, quería echarle un ojo al viejo vecindario.

Era tan extraño estar de vuelta... Todo lucía igual, pero, a la vez, diferente. Más chico, quizá.

En los suburbios, mi calle era amplia y con poco tráfico. Tenía grandes casas en ambos lados; todas con extensos jardines y diseños Victorianos en sus fachadas. Algunas tenían cercas mientras que, otras, solo el jardín abierto desde la acera; tal era el caso de mi casa: en el jardín lateral se alzaba un gran árbol de largas y gruesas ramas que cubrían parte del tejado.

En el interior, un recibidor vinculaba al comedor del lado izquierdo, con la sala del lado derecho; en medio, una larga escalera era el corazón de la casa.

—¡Ya llegué! —anuncié, dejando mi mochila al pie de la escalera, media hora después.

Lo primero que hice fue asomarme en la sala... si es que se le podía llamar así.

En una casa normal, uno podía encontrar un cómodo espacio con sillones, un televisor y quizá una chimenea; en el mío, había cuatro paredes forradas de libros, un escritorio de cristal, y un sillón junto a la entrada.

Sin ver a nadie, caminé hacia el comedor en donde encontré a mi madre y a mi hermano; a diferencia mía, ambos eran rubios de ojos cafés. Verás, yo heredaré mi cabello oscuro y ojos azules de mi padre.

—*¿Cómo estuvo tu primer día?* —preguntó mi madre en español; desempacaba una caja de vasos.

Al ver que vestía ropas deportivas, y que la biblioteca estaba completamente desempacada, supe que no había ido a trabajar aún.

—*Estuvo bien* —respondí vagamente, contestando su pregunta sobre mi día.

—¿Solo bien?

—Solo bien —repetí.

Tomé una manzana de un canasto sobre la mesa y le di un mordisco.

—Hey —dije notando que mi hermano de diez años aún vestía su pijama—, ¿por qué él no fue al colegio?

—Porque ayer estuvimos despiertos hasta muy tarde desempacando.

—Yo estuve despierto hasta muy tarde desempacando.

—Y tu recompensa será quedarte en el ático, siempre y cuando sigas tu parte del trato —dijo mi madre sonriendo.

—Desempacaré todo, mantendré limpia mi habitación, y tú te mantendrás alejada de ella —recité, revirando los ojos. Era el acuerdo que habíamos hecho el día anterior.

—Los derechos vienen con responsabilidades. *Y, habla en español.*

—Por favor —me quejé—, no tengo diez. Dale esos sermones a Max. Y, ¿por qué tenemos que hablar en español? Ya no estamos en *México*.

—Porque no quiero que Max olvide su español.

—Solo hemos estado aquí un día y medio —dije bruscamente.

—Yo ya terminé de desempacar mi habitación —dijo el pequeño, despreocupado, jugando con nuestra gata debajo de la mesa.

—Traidor —balbuceé—. Por cierto, los encontré.

—¿A quiénes? —preguntó mi madre.

—Sam y Alex.

—Ah. —Sonrió—. Eso explica por qué no llegaste quejándote de todo.

—Yo no me quejo de todo —me quejé.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó mi hermano.

—Son los viejos amigos de Ryan.

—¿Cómo estuvo tu día? —le pregunté al pequeño.

—Estuvo bien.

—¿Solo bien? —pregunté con una mueca.

—Solo bien.

—Imagínate vivir con dos de estos. —Mi madre reviró los ojos—. Son iguales a su padre. Por cierto, no olvides que llamará esta noche después de la cena.

—No lo haré —dije caminando hacia el recibidor con el resto de mi manzana.

—Y no dejes tu mochila al pie de la escalera.

—No lo haré —repetí recogéndola a mi paso.

—¡Y espero que ya hayas desempacado al menos cuatro cajas antes de cenar!, ¡no querrás que ese ático vuelva a ser un ático!

Me asomé de nuevo en el comedor y le sonreí a mamá.

—Lo haré.

—*En español.*

—Cuando estábamos en *la Roma*, no teníamos que hablar en inglés.

—*En español* —repetió mi madre.

—Sabes qué, me iré ahora. *Adiós.*



Más tarde, esa noche en mi habitación, lo primero que hice fue conectar el televisor y desempacar mis tres consolas de videojuegos; y hablo de los clásicos, no de esas complejas cosas en línea que se juegan ahora. Improvisé una baja mesa con algunas repisas que había encontrado en el sótano, y usé el barandal de la escalera para colgar mi pantalla orientada hacia la sala. Encontré también las bocinas de mi teatro en casa, mi colección de películas en DVD y algunos CD viejos que me rehusaba a tirar por razones sentimentales. Sí, tenía varios CD.

En una de las cajas aparecieron mis figuras de acción coleccionables, las cuales puse a la vista en un librero; también saqué algunos afiches de películas y de mis animes favoritos, que pegué en las paredes de madera.

Pronto, el lugar entero comenzó a tomar forma. Aún no comprendía cómo me las había arreglado para meter todo eso en mi diminuta habitación anterior.

Satisfecho por haber cumplido y superado la cuota de cajas

indicadas por mi madre, me puse mis ropas de dormir y me dispuse a acostarme, no sin antes abrir mi ventana y asomarme al jardín. La luz de la habitación de Samantha todavía estaba apagada. Sentí una fresca brisa y decidí dejarla abierta, me dejé caer sobre mi cama y cogí mi teléfono celular de la mesa de noche.

No me sorprendió encontrar solicitudes de Alex en todas las redes sociales que tenía. Pensando en que quizá ya era hora de actualizar mi estatus, lo acepté y cambié mi lugar de residencia en cada una de ellas.

Su penúltima publicación era aquel video que había tomado de Samantha en el corredor. El primer comentario era de ella. Algo molesta.

La última publicación era una fotografía que nos habíamos tomado los tres durante el segundo periodo de descanso; al pie de la foto Alex había escrito “Reunidos al fin”.

Sin poder evitar sonreír, comencé a ver sus publicaciones anteriores... que resultaron ser muchas. Demasiadas, quizá.

Como estaba muy cansado no pasó mucho para que se me comenzaran a cerrar los ojos en contra de mi voluntad.

Supongo que me quedé dormido con el teléfono en la mano, pues, lo siguiente que supe, fue que... estaba soñando:

Frente a mis ojos, un cielo estrellado contrastaba con las ramas de densos árboles.

Entonces, el potente olor a pino llegó a mi nariz.

Confundido me incorporé en la oscuridad. Estaba en el suelo, en medio de un bosque.

Tenía mis ropas de dormir pero no mis zapatos. En mi mano, mi teléfono.

Me levanté sacudiendo hojas de mi ropa y exploré mi alrededor. Estaba oscuro y, de no haber sido por la media luna sobre mí, no hubiera podido ver absolutamente nada. El lugar me pareció familiar.

Encendí mi teléfono y miré la hora. Eran casi las diez.

Una ráfaga de aire me envolvió y no pude evitar estremecerme. Mi corazón se detuvo al notarlo.

¿Acaso... no estaba soñando?



Abrí el GPS de mi celular y en un instante apareció el mapa de Little Road.

Y yo estaba justo... a un lado del colegio.

Confundido, mirando de nuevo mi alrededor, comencé a respirar rápidamente.

Ahora ya estaba seguro de no estar soñando.

¿Cómo rayos había llegado ahí? ¿Por qué desperté en medio de la nada? Menos de una hora había pasado desde que revisaba mi celular en cama.

Alarmado, di unos pasos para orientarme en el mapa del teléfono y comencé a caminar rápidamente sobre la húmeda grama en dirección al colegio.

Los dedos de mis pies estaban helados. Podía ver mi aliento por el frío.

Entré entonces en un claro del bosque... y me detuve.

Con los ojos bien abiertos y mi corazón latiendo cada vez más fuerte, vi ante mí una cueva que se abría debajo de unos árboles.

—*No manches.*

Era el lugar que había soñado la noche anterior.

Intenté controlar mi respiración y me acerqué a la cueva para verla más de cerca. Mi instinto, y cada hueso, me decían que corriera... pero mi curiosidad fue más fuerte.

¿Era posible que soñara con algo antes de verlo?

Llegué hasta la entrada para asomarme en el interior, pero estaba demasiado oscuro. No se veía nada. Y todas esas plantas colgantes no ayudaban mucho; había muchas más que en mi sueño.

Inquieto, encendiendo la linterna de mi teléfono, di un paso... y después otro.

Así, entré lentamente en la cueva.

A primera vista era un estrecho túnel que se curvaba, por lo que no podía ver el final.

Apenas había dado unos pasos más cuando me detuve titubeante.

¿Qué pasaría si me encontraba con algún animal salvaje, como un lobo o un oso? No conocía bien la fauna de la zona,

pero una cueva como esa debía albergar algo.

Concluyendo que debía estar loco para querer entrar, comencé a retroceder.

De pronto, escuché un fuerte sonido hueco seguido de su eco. Nervioso, me quedé inmóvil.

Había venido del fondo del túnel.

Un segundo sonido... y un tercero.

Entonces, un ligero y cálido resplandor se encendió adelante. Enseguida, un desgarrador grito.

Aterrado, miré el bosque a mis espaldas... y después el final del túnel de nuevo.

No estaba solo. Algo sucedía adentro.

Había escuchado el grito de una mujer.

Escuché un cuarto golpe y un fugaz resplandor, como un intenso flashazo púrpura, iluminó el fondo de la cueva.

Quería salir corriendo de ahí, pero... ¿y si alguien estaba en problemas?

Apagué la linterna de mi teléfono y encendí la cámara. Quizá necesitaría pruebas de lo que estuviera sucediendo ahí. Tan solo esperaba poder grabar algo sin el *flash* de la cámara.

Comencé a avanzar de nuevo con cautela y me pegué al muro para mantenerme oculto.

Justo cuando creí ver el final del túnel, escuché una fuerte y masculina voz.

Me detuve de nuevo.

No había entendido lo que había dicho, pero...

Ahora hablaba una voz femenina.

Parecían molestos; estaban discutiendo.

Intentando no hacer ruido, di unos pasos más y estiré mi brazo para grabar con el teléfono lo que sucedía adentro; ansioso, observé la pantalla desde mi escondite.

El túnel llegaba a una inmensa caverna circular; gruesas columnas soportaban el techo. Al fondo se elevaba una gran puerta de piedra. El cálido resplandor era emitido por antorchas en los muros.

—*No manches*—musité de nuevo.

Ya no había duda; era el lugar.

—¡Es la última vez que te lo pregunto, criatura!

A punto de soltar el teléfono por el fuerte y repentino grito, busqué con el dispositivo a las personas que hablaban. Sentí un hueco en el estómago cuando la cámara enfocó a un alto hombre de cabello blanco que me daba la espalda; frente a él, una pequeña criatura color rosa estaba siendo acorralada.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—¡Ya te dije que no lo sé! ¡El hechizo también me afectó a mí!

Inconscientemente me pellizqué una mejilla; con una mueca de dolor continué grabando desde mi escondite. Ahí estaban los dos personajes con los que había soñado la noche anterior. El hombre tomó a la criatura por el cuello y la levantó.

—Puedo sentir que gran parte de mi poder se ha ido. ¿A dónde?

—No... lo sé...

¿Hechizo? ¿Poderes? Definitivamente no eran personas ordinarias; y esa criatura era algo que jamás hubiera imaginado que pudiera existir.

Tenía que salir de ahí.

Pero... aunque no entendía nada, la conversación se estaba tornando algo peligrosa; y la pequeña lucía indefensa... la estaba ahorcando. No podía seguir mirando.

—Bien —dijo el hombre con frialdad—. En ese caso... no me serás de mucha utilidad.

El tipo levantó su mano libre y, luego de que un rayo de luz envolviera su antebrazo, una esfera brillante apareció flotando sobre su palma.

Si lo que había soñado la noche anterior tenía algún loco sentido, ya sabía lo que seguía después de esa luz...

Y entonces, no pude resistirlo más...

Una piedra golpeó la nuca del hombre haciéndolo perder la concentración. La esfera de luz flotante sobre su mano desapareció con un chasquido.

Sí, lo hice.

Cuando giró hacia mí, pude ver su rostro tan claramente como la noche anterior; por su horrible apariencia, no podía ser

una persona normal.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Ryan Bennett —exclamé, sorprendiéndome a mí mismo por la repentina ola de valentía que me había hecho salir de mi escondite con un palo en la mano—. Y no sé quién seas, pero no permitiré que sigas lastimando a... a... esa cosa.

El tipo sonrió y arrojó a la criatura contra un muro.

—Elegiste al oponente equivocado, muchacho —murmuró caminando hacia mí.

Alarmado, empuñé el palo con las dos manos.

Sabía que no debía ir por ahí buscando una pelea, pero no pude quedarme con los brazos cruzados. Nunca había estado en un combate real fuera de un gimnasio, así que estaba absolutamente aterrado. Y no sabía de lo que el tipo era capaz.

El hombre creó una nueva esfera de luz antes de alcanzarme y me la arrojó:

Fue la sensación más terrible que había sentido en mi vida; como si una violenta descarga eléctrica recorriera mi cuerpo. Al impacto, salí disparado de espaldas hasta chocar con un muro de la cueva; sin aliento, caí al suelo bocabajo.

—¡Métete con alguien de tu tamaño!

Aturdido y adolorido, apenas entendiendo lo que sucedía, logré levantar la cara para ver a la criatura lanzarse hacia el tipo: atravesando el aire con la ayuda de dos pequeñas alas que salían de su espalda, creó una esfera de luz por su cuenta para atacarlo. Su enemigo respondió del mismo modo y ambos ataques chocaron a medio camino; una explosión se creó en el aire llenando de polvo la cueva. La pequeña salió disparada de nuevo hacia un muro, mientras que su atacante solo se tambaleó.

¿Qué rayos estaba sucediendo? ¿En qué me había metido?

Gradualmente sentí que mis sentidos volvían; como cuando se recupera la sensación de una extremidad después de un calambre. Como pude, me puse de pie cuando vi que la pequeña no se movía. Con decisión, tomé el palo que había tirado al caer.

—¿Aún estás aquí? —dijo el hombre mirándome.

—Espero que tengas algo mejor que tus efectos especiales —espeté empuñando el palo, separando mis piernas para mejorar mi postura.

—Será como tú quieras.

Mi nuevo enemigo extendió su brazo derecho sin quitarme la vista de encima; envuelta en una nube de humo negro, una larga espada apareció en su mano. Con la otra, se quitó la túnica que llevaba y la arrojó al suelo; debajo vestía una impresionante armadura negra.

¿Cómo rayos había hecho eso? ¿Acaso no se le acababan los trucos?

—Veamos qué puedes hacer con eso, muchacho —dijo caminando hacia mí.

No era justo; un palo viejo en contra de una espada de verdad. Yo tenía todas las posibilidades en mi contra.

Yo había pasado los últimos cinco años aprendiendo que ningún combate está decidido desde el principio, así que, respirando profundamente, lo esperé.

A sus espaldas, vi a la pequeña criatura recobrando el conocimiento; estaba herida.

El hombre se abalanzó hacia mí empuñando su espada para atacarme, pero, gracias a un rápido reflejo, logré interceptarlo deteniéndolo con el palo; había resultado ser de madera más resistente de lo que había pensado. Afortunadamente.

Una segunda oleada de valor se apoderó de mí y, con decisión, tomé el turno para atacar; no obstante, mi rival saltó hacia atrás y esquivó mi ofensiva. Su cuerpo se quedó quieto, suspendido en el aire.

—¡Wow! —exclamé atónito.

¡El hombre estaba flotando!

Distraído, recibí un golpe en la mandíbula que me derribó. Sintiendo un sabor metálico, me levanté.

—Esto ya se volvió personal —dije, escupiendo sangre.

Ataqué y después otra vez. Uno por la izquierda, uno por la derecha; arriba, izquierda de nuevo... pero todos eran detenidos. Odiaba ver su estúpida sonrisa burlándose de mí.

Comencé a atacar más rápido y pronto noté que su sonrisa desaparecía.

En segundos, me convertí en su igual; vi que perdía esa actitud petulante que me había mostrado desde el principio.

Con un preciso golpe de mi arma improvisada en su muñeca, logré que soltara su espada; con la punta del palo, amenacé su cuello.

—Se acabó —musité.

Pero para mi sorpresa, el tipo sonrió.

—¡¡Cuidado!!

La advertencia de la criatura llegó tarde: mi enemigo me atacó con un rápido rayo de luz y caí al suelo, sintiendo todo mi cuerpo entumecido.

—Te arrepentirás por haber entrado a esta cueva —sentenció el hombre caminando hacia mí, levantando la palma de su mano; pero, justo después de formar una nueva esfera de luz... esta desapareció con un chasquido.

Confundido, intentó el movimiento de nuevo. Falló una vez más.

A sus espaldas, la pequeña comenzó a reír. Un hilo de sangre escurría por su sien.

—Parece que se te acabaron tus reservas de energía, Long.

Al escuchar el nombre del sujeto, lo miré desde el suelo.

Fallando por tercera vez, gritó lleno de furia.

La criatura se puso de pie y tomó aire como si se preparara para gritar; entonces, escupió una violenta ráfaga de fuego en dirección a Long, envolviéndolo por completo, sin darle oportunidad de siquiera reaccionar.

Sintiendo el calor abrasador en mi rostro, vi entre las llamas cómo el hombre se retorció de dolor; entonces... desapareció en una luz púrpura.

El fuego se extinguió y no quedó nada. Nada.

—¿Qué?! —espeté alarmado; aumentando a grados extraordinarios mi confusión—. ¿A dónde se fue?! ¿Qué acaba de suceder?!

—Ha desaparecido —dijo la criatura, acercándose a mí.

—Creo que eso es obvio —dije sin aliento, aún buscando al

hombre que no podía solo haberse esfumado en el aire—. ¿Cómo hizo eso? ¿Quién era ese? Y, ¿qué demonios eres tú?

—Se supone que los Seis Brujos lo despojaron de todos sus poderes, pero, aparentemente, todavía tiene algo de ellos. —La criatura parecía hablar para sí misma—. Me pregunto, ¿qué salió mal?

—¿Quiénes? —pregunté, aún respirando con dificultad.

La criaturita me miró y frunció el ceño.

—Los Seis Brujos. —Suspiró y miró nuestro alrededor—. Ellos eran los hechiceros más poderosos hace... mucho tiempo, a juzgar por todas esas plantas. Mi nombre es Kanna. ¿Por qué sigues en el suelo?

—¿Alguna vez te ha golpeado una de esas luces? —repliqué sin poder levantarme.

Kanna hizo una mueca de dolor y, cojeando un poco mientras caminaba, se acercó a mí.

—No, no; espera —dije alarmado—. No te acerques más.

—¡Oh, cállate!

Kanna puso una de sus manitas en mi frente y una luz blanca la envolvió de pies a cabeza; lo siguiente que supe fue que mi cansancio desaparecía.

—¿Qué hiciste? ¿Qué fue eso? —dije levantándome.

—No puedo curar tus heridas pero sí puedo darte algo de mis energías —respondió tambaleándose. Luciendo mareada, se sentó en el suelo.

Sin dejar de sostener el palo con ambas manos, la contemplé.

—Ya puedes dejar de estrangular tu fabulosa espada, muchacho —me dijo Kanna suspirando—. Long ya se ha ido y yo no te haré nada. Si fuera a hacerte daño, no te hubiera ayudado a que te recuperaras.

Sin decir más, apreté los labios y tiré la vara.

—Tú... eres un mortal... ¿cierto?

—¿Un qué? —repetí.

—Sí, lo eres —balbuceó—. Aunque... eres valiente. ¿Eres alguna clase de guerrero mortal? ¿Comandas algún ejército aquí?

—¿Guerrero? —repetí—. No. Solo soy un muchacho común.

—Un muchacho común no se enfrentaría a Long como tú lo hiciste.

Respirando profundamente, apreté los labios de nuevo.

—No entiendo —dije ansioso—, estoy hablando con una cosa que no es humana. ¿Quién me dijiste que eres?

—Soy la Guardiana del Templo de la Luna —respondió con orgullo.

—¿Te refieres a... este lugar?

—Sí. Y mi misión es la de proteger esa puerta hasta que el Elegido aparezca.

—El Elegido.

—Un valeroso hechicero que está destinado a derrotar a Long.

—Pero... dijiste que nadie había podido.

—Y es por eso que mi misión es tan importante. Necesito encontrar al Elegido. Él tiene una tarea muy importante también y debo guiarlo.

—Aún no entiendo.

—Te tengo una noticia, muchacho: la magia es real —anunció—. Y te lanzaría un hechizo para que olvidaras todo lo que viste, pero, creo que necesitaré de tu ayuda. El Elegido está cerca de este bosque y, como mortal, debes conocerlo bien.

—Jamás había estado en este bosque hasta esta noche. —Respiré profundamente—. Espera... ¿dijiste que la magia es real?

—¿No pudiste adivinarlo con lo que viste? Eres lento.

Me sentí abrumado. Era demasiado.

Pero ella tenía un punto: yo había sido testigo de muchas cosas raras que no podían tener una explicación racional. Empezando por cómo había soñado con ellos antes de conocerlos, y cómo había despertado en el bosque sin saber por qué.

Necesitaba mantener la mente abierta si no quería volverme completamente loco.

—¿Hay alguna aldea cercana?



—¿Aldea? —repetí confundido—. ¿Eres del pasado o algo así?

—Lo último que recuerdo es haberme quedado dormida; y ambos despertamos esta noche. Por ahora, no hay modo de saber cuánto tiempo pasó.

—Bueno... no sé de ninguna aldea, pero, afuera de este bosque hay una ciudad entera.

—¡Perfecto! —exclamó Kanna entusiasmada—. El Elegido debe vivir ahí.

La criatura intentó ponerse de pie, pero, tambaleándose, cayó de nuevo.

—Wow... ¿todo bien allá abajo?

—Solo... necesito recuperar mis energías —murmuró—; necesito descansar.

—¿Acaso no descansaste por siglos?

—¿Crees que hayan pasado siglos? —preguntó alarmada.

Sin poder evitarlo, sonreí.

—Estoy... bromeando contigo.

Nerviosa, ella sonrió también.

—Escucha —dije pensativo, esperando no arrepentirme de lo que diría—: Me ayudaste hace un rato; dos veces. Creo que es mi turno de hacerlo. Iremos a mi casa, descansarás un poco, y mañana podrás salir a buscar a tu Elegido. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Tú me salvaste primero —comentó, asintiendo—. Gracias.

—¿Puedes caminar?

Haciendo una mueca, negó con la cabeza.

—Bien. Vamos. Antes de que el tal Long decida regresar.

Tomé a la criatura y la cargué en mis brazos intentando no lastimarla más de lo que ya estaba. Era sumamente liviana y su pelaje muy suave. Fue como cargar a mi gata.

—Curaremos también esas heridas —agregué, cogiendo mi teléfono celular. Lo había dejado sobre una roca en la entrada de la cueva; todavía estaba grabando.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

—¿Los mortales siempre están descalzos?



Seguí el GPS de mi teléfono celular y logramos salir del bosque.

Caminar hasta mi casa, desde el colegio, sin zapatos, no fue nada fácil.

Durante el camino le conté un poco a la criatura sobre mí; no paraba de hacer preguntas. Sobre todo cuando pasábamos cerca de algo desconocido para ella.

—¿Nunca habías visto un auto?

—¡Esa carreta de metal no tenía caballo!

—¿Sabes? Cada vez que dices algo así, pienso que pasaste más años dormida.

—¿Podrías explicarme de nuevo cómo funciona la torre con esferas de energía?

—Es un semáforo —expliqué, comenzando a perder la paciencia—. Los colores le dicen a la gente cuándo avanzar en su auto... carreta. Es una forma de poner orden en las calles.

—Los mortales son muy ingeniosos.

—¿Había electricidad cuando estabas despierta? Eso nos puede ayudar un poco a saber de qué época vienes.

—¿Qué es la electricidad?

—*Rayos*.

—¿Aquí es en donde vives? —preguntó Kanna cuando me detuve en la acera frente a mi casa.

—Sí, aquí es.

—Es pequeño.

—¿Pequeño? —repetí ofendido, caminando hacia el jardín. Era cierto que mi casa no era una mansión, pero tampoco era lo que podría considerarse como una casa chica.

—He visto mejores —concluyó.

—¿En dónde vivías tú? ¿En un palacio?

Pero lo que Kanna iba a responderme, ya no lo supe; el sonido de neumáticos llamó mi atención en un instante. Ni siquiera tuve tiempo para esconderla.

A unos metros de mí se estacionó un auto convertible negro. Samantha bajó del auto, desde el cuál Kyle Edwards me saludó con un ademán. La chica se despidió de su novio mientras cruzaba mi jardín; el carro se alejó a gran velocidad.

—Veníamos de regreso del colegio cuando te vi cruzar la calle —me dijo al acercarse—; ¿en dónde estabas?

—Saqué la basura —respondí rápidamente.

—¿Hasta dónde? —La chica rio—. Venías de la acera de enfrente.

—No hemos comprado un contenedor de basura todavía —dije vagamente—. Tomaba prestado el de allá. No quería llenar el tuyo. No diré nada si tú no lo haces.

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo fijándose en Kanna—. ¿Y ese muñeco de felpa? Es lindo.

—Muñeco de felpa —repetí ansioso. La criatura se había quedado inmóvil—. Es... de mi hermano.

—¿Lo sacaste a caminar? —preguntó riendo.

—Esa sería una locura —dije riendo también—. Lo... dejé en el jardín; lo estaba recogiendo. Y, dime, ¿qué hacían en el colegio a esta hora?

—La junta en el Despacho.

—¿Todavía?

—Sí... nos tomó horas decidir el orden de los artículos para el siguiente número; algunos eran muy extensos, otros no tenían la idea propiamente fundamentada, y no me hagas empezar con los errores de redacción que tienen los alumnos de último grado. En serio, ¿realmente piensan graduarse? Porque... yo creo que... lo siento... estoy hablando demasiado.

—Está bien —dije sonriendo.

—Alex dice que debo hablar hasta dormida —dijo cruzándose de brazos. Sonriendo para sí misma, la chica me miró de pies a cabeza.

—¿Qué sucede? —pregunté confundido.

—Es solo que... es muy extraño que estés aquí.

—Puedo irme si quieres —dije señalando mi casa—. Aunque, técnicamente estás parada en mi jardín.

—Sabes a lo que me refiero —dijo riendo.

—También es extraño para mí.

—Y... creciste.

—La gente necesita dejar de decir eso usando ese tono — me quejé.

—Sabes... —murmuró Samantha, dirigiendo su vista hacia su casa—, cuando te fuiste, solía sentarme por horas en mi habitación a observar tu ventana al otro lado del jardín.

Apretando los labios, volteé también hacia su casa.

¿Acaso la chica había pensado en mí todos esos años? ¿Al igual que yo en ella?

—Esperaba el momento en que saldrías por tu ventana, bajarías por ese árbol, y te encontrarías con Alex y conmigo en la acera para ir juntos a visitar la Colina —dijo mirándome de nuevo—. ¿Recuerdas la Colina?

—El lugar más alto de la ciudad. —Asentí—. Solíamos escaparnos de nuestros padres todo el tiempo para ir ahí.

—Pronto dejé de ser lo mismo. —Samantha suspiró—. Y, ¿qué hay de México? ¿Es igual de pintoresco como suena?

—Bueno... es un lugar muy diferente a Little Road.

—Puedo suponerlo —dijo sonriendo.

—Mucho tráfico, arquitectura maravillosa; hay toda clase de personas, música, comida, arte. Solíamos viajar por el país todo el tiempo, pero en la Ciudad de México siempre hay frío y está soleado, a pesar de la contaminación, lo cual es perfecto. A decir verdad, no estaba nada mal.

—Eso explica por qué te hace falta un bronceado, amigo — bromeó—. Suena genial. Alex dijo que hablaste en español. Yo tomé algunas lecciones... *“Tal vez podamos abrazar algún día”*.

Sonreí avergonzado y me encogí de hombros ante su intento. Lindo.

—¿Qué? ¿Qué dije?

—Dijiste, *“tal vez podamos abrazar algún día”*.

—Oh, Dios. Lo lamento. —Comenzó a reír—. Quise decir *“practicar”*.

—Está bien; te enseñaré algunas cosas.

Samantha agitó su cabeza.

—Entonces... ¿qué hacías allá para divertirte?

—Bueno, mi calle era muy diferente a esta; restaurantes, librerías, museos, tiendas... era algo concurrida. Siempre había algo que hacer.

—¿Y aparte de eso?

—Esto puede sonar extraño —dije vacilante—, pero comencé a practicar kendo.

—¿Kendo? —repitió frunciendo las cejas—. Eso responde a la pregunta de Alex de esta tarde, pero... tú odiabas los deportes.

—Mi papá me llevó a un par de clases cuando llegamos y simplemente no pude dejarlo después de eso —expliqué.

—Suenan interesantes... En Domum no tenemos kendo, pero tienen un club de esgrima; tal vez puedas unírte.

—No lo sé... —dije titubeante—. Son muy diferentes. El kendo no es solo un combate entre dos guerreros, y no se practica para ganar o perder; es una disciplina que fomenta el dominio propio. Es un estilo de vida. Un combate siempre empieza y termina con una reverencia; mostrando respeto por el adversario y por uno mismo. Desde el primer día, aun siendo técnicamente un niño, entendí que el objetivo es superarse a uno mismo. Por eso decidí volver hasta que se convirtió en una parte de mí.

—Wow —dijo la chica impresionada—, eso explica muchas cosas.

—¿Como qué? —pregunté confundido.

Samantha me miró y sonrió.

—Te lo diré después —respondió finalmente—. Supongo que tendrás que encontrar algún lugar en donde practicar; tu habitación es muy chica como para algo así.

—En realidad, le di mi vieja alcoba a Max. Ahora estoy en el ático. Tengo más espacio.

—Oh. —Miró de nuevo hacia mi casa—. Entonces, ¿ya no seremos vecinos de ventana? Es una lástima.

—Tan solo tendrás que mirar un poco más arriba.

Samantha sonrió y ambos nos miramos a los ojos; pero una terrible idea cruzó mi mente, obligándome a poner los pies en

la tierra.

—Así que... Kyle Edwards, ¿eh? —balbuceé.

—Escucha, Ryan... sé que Kyle y tú no eran los mejores amigos antes de que te fueras —dijo Samantha con suavidad—, pero, él ha cambiado... y...

—Hey, han pasado cinco años —dije asintiendo—. Lo pasado, pasado, ¿cierto?

—Cierto... cierto —dijo la chica sonriendo aún más, luciendo curiosamente aliviada—. Bueno, creo... que debo irme ya. Tus pies deben estar helados.

Recordando ese pequeño detalle, miré hacia abajo.

—Claro, eh... ¿nos vemos mañana?

—Puedes apostar lo —dijo mientras se alejaba por el jardín—. *Buenas noches*.

—Buenas noches —respondí sonriendo.

Me despedí moviendo mi mano, pero, antes de que cruzara la cerca que dividía nuestras casas, la chica se detuvo y volteó de nuevo.

—Sabes, algo me dice que cambiaste más de lo que se puede ver.

No respondí.

—Y no solo lo digo por ese ligero acento latino que trajiste contigo.

Sonriéndome de nuevo, Samantha se marchó.

—Supongo que no es tu novia.

—No —respondí vacilante.

—Pero quisieras que lo fuera.

—Entremos, ¿quieres? —dije mirando a Kanna con una mueca, retomando nuestro camino—. Por cierto, ¿por qué te quedaste inmóvil? Creyó que eras un muñeco de felpa.

—¿Preferías que me viera hablando?

—Buen punto —murmuré, deteniéndome frente a mi puerta—. Ni siquiera porque estoy hablando contigo puedo creer que seas real.

—De todas maneras, los mortales no deben saber de la existencia de la magia; es una regla. Recuérdala. ¿Qué sucede? ¿Por qué no entramos?

—No tengo llave —dije palideciendo—. Mi madre no me ha dado una aún.

—¿Entonces?

Salí del pórtico y rodeé la casa para ver si la puerta de la cocina estaba abierta... pero no fue así.

—¿Por qué no le pides a tu madre que abra la puerta?

—Porque no sabe que estoy afuera. Cree que estoy arriba, durmiendo.

—Oh, eres un chico travieso —dijo Kanna sonriendo—. Me agrada.

—No me escapé —me quejé.

Fue entonces cuando tuve la loca idea: antes de acostarme a revisar mi celular, había dejado abierta la ventana del ático.

Caminando hacia la base del árbol, examiné las más altas de sus ramas. Sería difícil pero no imposible. Poniendo a la pequeña en mi hombro, esperé lo mejor.

—Sujétate.

Recordando muchos momentos de mi infancia, trepé el árbol esperando que Samantha no me viera desde su ventana; o mi hermano. Afortunadamente, una rama lo suficientemente gruesa para sostenerme pasaba muy cerca de mi nueva ventana.

Fue así como logramos entrar al ático.

—Es como si vivieras en una torre —dijo Kanna mientras la recostaba sobre uno de los sillones de la sala, aún en la oscuridad.

—Casi —respondí—. Quédate aquí. Ahora vuelvo.

Dejando a la criatura sola, bajé al baño que compartía con mi hermano en la planta de abajo. Después de lavarme los pies, tomé algunas cosas para curar a Kanna y regresé.

Al subir las escaleras, me encontré con que había desaparecido.

—¿Kanna?

Recorrí la habitación con la vista hasta que mis ojos se posaron en el gran ventanal. Allí estaba: iluminada solo con la luz de la Luna, observando la calle.

—Te dije que no te movieras —dije acercándome a ella con un par de pomadas y unas vendas—, tengo que curarte.

—Long está ahí afuera —murmuró—. En algún lugar.

Arrodillándome junto a ella, observé el oscuro panorama con mil preguntas en mente, pero en ese momento solo hice una:

—¿Qué es lo que quiere?

—Solo existe una esencia capaz de derrotarlo... pero en sus manos... sería su más grande arma —respondió, aún mirando hacia afuera—. El Gran Poder fue resguardado con la ayuda de doce Sellos Mágicos que fueron escondidos para que solo el Elegido los encontrara; pero estoy segura de que Long buscará la manera de conseguirlos. Necesito al Elegido para lograrlo primero; él debe obtener el Gran Poder para vencer a Long.

—¿Crees que él sepa quién es el Elegido?

—No. Pero también lo buscará. Utilizará todos sus medios para eliminar la única amenaza capaz de detenerlo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—La Profecía del Elegido —respondió mirándome—. Fue hecha poco antes de que nos quedáramos dormidos. Y si despertamos después de... quién sabe cuánto... es porque ese esperado hechicero está cerca.

—¿Quién hizo esa... profecía?

—Una bruja muy poderosa. La mejor de todas.

—Y, ¿por qué no lo busca ella?

—Murió. Al igual que los Seis Brujos —dijo mirando de nuevo hacia afuera.

—Los mencionaste antes. ¿Quiénes eran?

—Mis creadores. Dieron su vida para hechizar a Long y detenerlo en el Templo de la Luna. Fue entonces cuando todo se congeló.

Mi corazón dio un vuelco.

Eso también lo había soñado. Ahora tenía sentido. Era justo como había terminado mi sueño de la noche anterior. Esos Seis Brujos eran los hombres que...

—Miles han muerto por su culpa —añadió, haciendo un sutil movimiento de su mano.

En la oscuridad, creó una especie de neblina blanca que atravesó el cristal y ascendió hacia el cielo. Con un suave



destello se convirtió en un manto cuadrado que envolvió mi casa entera. Después de tomar forma, se esfumó por completo.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Tarde o temprano, Long seguirá mi presencia y eso lo traerá a ti. Esta barrera de energía repelerá la Oscuridad y no podrá entrar tan fácilmente.

—¿Él vendrá aquí? —solté alarmado—. ¿Qué hay de mi familia?

—Haré lo que pueda para protegerlos —dijo mirándome de nuevo—. Sé que te pongo en peligro con solo estar aquí, pero... sin ti, no lo lograré.

¿Realmente todo estaba sucediendo? ¿La magia era real?

La había visto; la había sentido ayudarme, y... dañarme también. Pero eso no impedía que mi sentido común me dijera que era una treta. La magia era algo que existía solo en los cuentos de hadas; la que usaban los magos en las fiestas de cumpleaños infantiles.

Y si el tal Long había asesinado a tantos, ¿cómo era posible que no se supiera? ¿Cómo escondes la muerte de miles? ¿Acaso la disfrazas como un accidente o alguna clase de epidemia? No pude evitar estremecerme. Ese tipo tenía que ser detenido.

—¿Cómo piensas encontrar a este Elegido? ¿Sabes algo de él? —pregunté.

—Su familia es natal de estos alrededores.

—¿Eso es todo?

—Quizá sea rubio... ojos cafés.

—¿Rubio? —repetí arqueando las cejas.

—Y... huérfano.

Mi bolsillo vibró y saqué mi teléfono. En la pantalla, un corto mensaje:

“¿Viste lo que Sam escribió en el video? Te lo dije, ¡es una dictadora! Noches. Alex.”